

# Ibis García Quintana, 102 años de edad

Texto y foto ESTEBAN RIVERO FAJARDO

El pasado 24 de febrero, coincidiendo con el aniversario 129 del reinicio de la gesta independentista cubana, en la Calle 8, de la comunidad de La Delicias, en Jiguani, junto a decenas de sus descendientes, festejaba el cumpleaños 102 de Ibis García Quintana.

Madre de ocho hijos, abuela de 19 nietos, con 32 bisnietos y 16 tataranietos, Ibis sumaba a sus palabras una dulce sonrisa, cuando decía: "Estoy bien de salud y muy contenta por esta fiesta tan bonita".

Oriunda de la zona rural de Palmarito, cuando era niña acompañaba a sus padres en las faenas del campo, recordaba.

También comentaba que a Noelvis, la menor de las hijas, no había quien le pusiera un pie



delante a la hora de elaborar cualquier comida, sobre todo, en días de celebraciones.

Siempre estuvo vinculada a los quehaceres hogareños, fue

excelente vecina y una persona extremadamente servicial, de acuerdo con afirmaciones de quienes la conocen desde hace mucho tiempo.

## Secretos de un centenario

Texto y foto OSVIEL CASTRO MEDEL

Muchos lo recuerdan todavía con 95 años a cuestas, caminando erguidamente el barrio, como si no hubiera pasado el tiempo por su cuerpo. Verlo así, con tal prestancia, asombraba a más de uno en el reparto bayamés Antonio Guiteras, donde vive ahora este hombre de mil anécdotas, llamado Vicente Cutiño Castillo.

Hoy la admiración es mayor, porque él ha llegado al siglo exacto de vida. Lo ha hecho feliz, rodeado de su familia, en la que figuran seis hijos, 10 nietos, seis bisnietos y tres tataranietos.

"Yo lo que he hecho siempre es trabajar", dice para explicar una parte de la fórmula de su larga existencia, aunque también puede deberse a la genética, pues el padre, Francisco Cutiño, vivió 102 años, y la madre, Gloria Castillo, nada menos que ¡105!

"Éramos 14 hermanos, solo quedamos dos", cuenta, para luego añadir orgulloso que su hermana Noelia cumplirá 99 primaveras el próximo 10 de abril.

"Yo viví el machadato, en ese momento nos habíamos mudado a Manzanillo", expone para referirse a Gerardo Machado, que mal gobernó a Cuba entre 1925 y 1933.

No olvida que a la caída del dictador sobrevinieron escenas de mucha tensión y destrucción



y que a los "machadistas les rompieron las casas, que fue algo malo que se hizo".

También especifica que apenas pudo estudiar, porque eran tiempos muy complejos. "Mi mamá me mandaba con una cuartilla y una señora llamada Tomasa Durán me enseñaba las letras. Yo no sé ni el grado que tengo", expresa él, quien nació el 22 de enero de 1924.

Vicente refiere que es natural de Amancio Rodríguez, en la actual provincia de Las Tunas, y que por aquellas tierras laboró en el mantenimiento de vías férreas, cuando las traviesas eran de madera.

"La gente se queja ahora, pero muchos no saben lo que es pasar trabajo. Hoy la juventud se pone un par de zapatillas y yo le digo que yo tuve que ponerme alpargatas, valían ocho pesos", reflexiona.

Él fue cabillero, profesión en la que sobresalió en la llamada Empresa de Prefabricado, de Bayamo, al punto que resultó seleccionado para prestar colaboración en Jamaica, país en el que estuvo alrededor de cuatro meses, en la construcción de una escuela.

Este hombre de hablar pausado se casó con Victoria Leyva, con quien tuvo sus seis retoños, pero, lamentablemente, ella falleció en 1974, un golpe que aún lleva en el corazón.

Muchos de los vecinos no saben que Vicente estuvo en un "conjuntico por allá por Amancio", en el que tocaba guitarra y que, según su testimonio, el cantante Eduardo "Tiburón" Morales lo buscaba para que intercambiara con él. Tal vez tampoco sepan que dio varias serenatas, una modalidad romántica que, por desdicha, ha desaparecido.

Su filosofía radica en que "la gente tiene que llevarse bien y no buscar problemas". "Hay que tener amistades para poder vivir", sentencia, para luego acotar: "Vamos a ver hasta cuándo llegamos", para referirse a la edad.

Por eso y más enorgullece a la familia, que lo tiene como referente y horcón. Sus descendientes conocen que los sacrificios de él han ayudado para transitar el difícil camino de la vida. El 22 de enero hubo lágrimas de alegría y felicidad, porque Vicente ha llegado con buena salud a la fabulosa edad de los 100 años.



## Remembranzas y azares

Por EUGENIO PÉREZ ALMARALES  
repez@enet.cu

### Santiago

Varios recados solicitándome que contactara a compañeros de la Asociación de Combatientes en Jiguani, cuna de mis ancestros maternos y donde también nací, me sorprendieron un poco.

Era el presidente de la sección de base de Punta Brava, que lleva el nombre de mi abuelo (como también la Casa de la ACRC en la antigua villa de San Pablo), interesado en ampliar la biografía de Santiago Almarales Almarales, hijo de Felicia Almarales Girón y de Feliciano Almarales Figueredo.

Le compartí vivencias entrañables junto al patriarca de la familia, quien nació el 25 de julio de 1909, hombre alto, fornido, de mirada profunda y frontal, afable, de firmes convicciones y parco, si se trataba de hablar de sus méritos, varios de los cuales conocimos en la despedida de duelo.

No recuerdo que alguna vez alardeara de su militancia comunista en tiempos cuando serlo era casi una condena a muerte.

Por otros familiares supe de su amistad con personalidades relevantes de la historia, como Romárico Cordero, el líder campesino y revolucionario que lo visitaba frecuentemente en su casa de la calle Urquiola, entre General Reyes y Avellaneda, y paseaba a mi madre niña en su jeep Willys.

En aquel sitio de la bajada del hospital como se conoce al barrio se reunían ambos y otros comunistas (incluida mi abuela María Domínguez Reyes, una mujer a su altura), mientras mi madre Miriam-, mis tíos Pasi y Rosita, y los primos de la época, jugaban en el portal (era su tarea).

Quizás sea cierto que cualidades no físicas también se heredan. Los orígenes del matrimonio debieron influir en su enlace, que fue mucho más que sentimental o carnal.

Él, emparentado con Perucho Figueredo, y ella, sobrina del General José Reyes Arencibia, uno de los líderes del alzamiento del 24 de febrero de 1895.

En una de las desagradables visitas de los guardias de Batista, de noche, uno de los militares aseguraba que escondían armas "pa' los barbudos", en el sitio donde guardaban el carbón.

"¡Pues vamos, encuéntrelas!", lo retó mi abuela y tomó por la mano al amedrentado castrense, quien se negaba a entrar en la penumbra.

En varias ocasiones detuvieron a Papá, como le decíamos todos sus nietos. Cuentan que en una de ellas negaban su presencia en el calabozo que radicaba frente a donde hoy está la cafetería Primero de Mayo.

María Mamá-, se plantó frente al odiado sitio y exigió que le dejaran ver a su esposo. Uno de los guardias del tristemente célebre Trespatá, de apellido Ríos (jamás lo olvidamos), interpuso su rollizo cuerpo para que no pudiera mirar dentro del cuartel.

Pero fue tanta su obstinación, decidida a que pasara lo que tuviera que pasar, que aceptaron la presencia de mi abuelo y le entregaron un bulto con sus ropas.

Inmediatamente, María lo abrió, enseñó las prendas inundadas de sangre, y comenzó a gritarles: ¡asesinos!, ¡asesinos!

Una fuente del cuartel reveló que ataron a Santiago y lo pusieron en medio de un cerco de guardias, quienes lo golpearon con las culatas de sus rifles.

De ese u otro episodio, o de todos ellos, le quedaron a mi abuelo dos dolencias, para siempre: epilepsia y psoriasis, pero nada logró quebrarlo.

En cierta ocasión, enviaron a un maleante a asesinarlo en su barbería. El tipejo se acercó, por la espalda, con un arma blanca en la mano. Santiago dejó que estuviera suficientemente cerca, giró, le torció la muñeca y le conectó un puñetazo en pleno mentón. "Cuando quieras, vienes a buscar el cuchillo", pero jamás volvió.

Al triunfo de la Revolución, Santiago Teodomiro (al que no le hacía gracia su segundo nombre) continuó cumpliendo tareas del proceso al que contribuyó, "con modestia y sin fanfarrias", como dijo Raúl.

Ya anciano, se mantuvo fiel al Partido. Cotizaba, asistía a las reuniones del núcleo (de la vieja fábrica de tabacos, en Punta Brava), aunque si el encuentro demoraba mucho, se paraba y se iba de la reunión.

Cada tarde, después de bañarse, cogía el bastón, caminaba hasta la sede del PCC en el municipio y se sentaba en el lobby por una hora, más o menos.

Dirigente gremial, candidato a concejal por el Partido Socialista Popular (como podía leerse muchos años después, en una gran fotografía suya en la calle 26 de Julio), falleció, tras varios días de gravedad en el policlínico Eder de los Reyes.

Sus honras fúnebres las organizó el Partido, el Buró Municipal, encabezado por José Luis Gálvez Acuña y acompañado por la Banda Municipal, fueron con él hasta el Panteón de los caídos por la defensa, donde lo despidieron, con tres descargas de fusilería.

Su heroicidad no opacó su nobleza ni su sentido del humor. Una vez, mi tía Rosita lo vio, aparentemente decaído, y le preguntó si le ocurría algo. Él lo negó, pero la hija segunda (hoy con 86 años), insistió:

- ¿Te sientes algo en la barriga?

- Sí, dijo, parco.

- ¡Ah!, ya sabía yo. Exclamó, contenta de haber "dado en el clavo", y continuó:

- ¿Y qué te sientes en la barriga, Papá?

- Las tripas, mija, las tripas. Y esbozó una sonrisa.